

Celebración Adviento

¡Hasta el corazón de la Navidad!

1. Introducción

Bienvenidos a esta Eucaristía de Adviento.

Hoy no celebramos un momento más del calendario, sino un tiempo especial de espera, de preparación y de esperanza. El Adviento nos invita a detener el ritmo, a mirar hacia dentro, a escuchar lo que tal vez hace tiempo no oímos: el latido de nuestro corazón, ese lugar donde Dios quiere nacer de nuevo.

La Navidad que se acerca no es solo una fiesta bonita llena de luces, villancicos y regalos. Es mucho más. Es la historia del Dios que se hace pequeño, del Amor que se atreve a entrar en lo humano, del corazón de Dios que busca encontrarse con el nuestro.

Y por eso este año queremos vivirla de un modo diferente, más profundo, más verdadero. Queremos ir ¡hasta el corazón de la Navidad!, hasta ese lugar donde el ruido se apaga y empieza el silencio, donde lo superficial desaparece y solo queda lo esencial: el amor, la fe, la ternura, la esperanza.

Durante estas semanas de Adviento hemos recorrido un camino. Un camino interior guiado por los personajes del Belén. Durante estas semanas hemos ido conociendo a distintos personajes del Belén que nos han enseñado valores y actitudes. Cada uno de ellos nos ha ayudado a abrir un trozo de nuestro corazón.

Hoy queremos reunir todos esos trozos, todos esos aprendizajes, para que nuestro corazón esté listo para recibir al Niño que viene: la esperanza de que lo mejor de Dios está siempre por nacer.

Por eso, con alegría y esperanza, comenzamos esta Eucaristía diciendo juntos:

“Queremos llegar hasta el corazón de la Navidad.”

2. Acto penitencial

Antes de seguir celebrando, hacemos una pausa para mirar dentro de nosotros. El Adviento es tiempo de preparar el camino del Señor... pero también de preparar el corazón. Y para eso, necesitamos reconocer lo que en nosotros está cansado, endurecido o manchado por el egoísmo. A lo largo de estas semanas, hemos querido llegar hasta el corazón de la Navidad, pero a veces nos hemos quedado en la superficie: en la prisa, en las apariencias, en las discusiones o en el desánimo. Ahora queremos detenernos un momento para pedir perdón.

Queremos ofrecerle a Dios nuestro corazón tal como está —con lo bueno y lo frágil—, para que Él lo limpie, lo cure y lo haga nuevo.

- Señor Jesús, tú nos invitas a abrir el corazón para recibirte, pero a veces lo llenamos de ruido, de orgullo y de indiferencia. Perdónanos cuando no te dejamos espacio. **Señor, ten piedad.**
- Cristo, tú confías en nosotros como confiaste en María y en José, pero a veces desconfiamos, dudamos, nos cuesta creer en tu amor. Perdónanos cuando la fe se nos apaga y dejamos de escuchar. **Cristo, ten piedad.**
- Señor Jesús, tú eres la buena noticia que trae alegría al mundo, pero muchas veces nuestras palabras no consuelan, y nuestras acciones no transmiten esperanza. Perdónanos por no ser mensajeros de tu paz. **Señor, ten piedad.**

3.Lecturas

Primera lectura: Isaías 40, 1-5. *“Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos.”*

Lectura del profeta Isaías:

Vuestro Dios dice: “Consolad, a consolad a mi pueblo; hablad con cariño a Jerusalén y decidle que su esclavitud ha terminado, que ya ha pagado por sus faltas, que ya ha recibido de mi mano el doble del castigo por todos sus pecados.”

Una voz grita: “Preparad al Señor un camino en el desierto, trazad para nuestro Dios una calzada recta en la región estéril. Rellenad todas las cañadas, allanad los cerros y las colinas, convertid la región quebrada y montañosa en llanura totalmente lisa. Entonces mostrará el Señor su gloria, y todos los hombres juntos la verán. El Señor mismo lo ha dicho.”

Palabra de Dios

Salmo responsorial: Salmo 84 – *“Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos la salvación.”*

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

Voy a proclamar lo que dice el Señor:

el Señor promete la paz para su pueblo y sus amigos.

**Su salvación está muy cerca de sus fieles,
y la Gloria habitará en nuestra tierra.**

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

El Amor y la Verdad se encontrarán,

la Justicia y la Paz se abrazarán;

la Verdad brotará de la tierra

y la Justicia mirará desde el cielo.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

El mismo Señor nos dará sus bienes

y nuestra tierra producirá sus frutos.

La Justicia irá delante de él,

y la Paz, sobre la huella de sus pasos.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

Evangelio: Lucas 1, 26-38. *La Anunciación: María confía y dice “sí”.*

Del evangelio según San Lucas

A los seis meses envió Dios al ángel Gabriel a un pueblo de Galilea llamado Nazaret, a visitar a una joven virgen llamada María que estaba comprometida para casarse con un hombre llamado José, descendiente del rey David. El ángel entró donde ella estaba, y le dijo:

–¡Te saludo, favorecida de Dios! El Señor está contigo.

Cuando vio al ángel, se sorprendió de sus palabras, y se preguntaba qué significaba aquel saludo. El ángel le dijo:

–María, no tengas miedo, pues tú gozas del favor de Dios. Ahora vas a quedar encinta: tendrás un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será un gran hombre, al que llamarán Hijo del Dios altísimo: y Dios el Señor lo hará rey, como a su antepasado David, y reinará por siempre en la nación de Israel. Su reinado no tendrá fin.

María preguntó al ángel:

–¿Cómo podrá suceder esto, si no vivo con ningún hombre?

El ángel le contestó:

–El Espíritu Santo se posará sobre ti y el poder del Dios altísimo se posará sobre ti como una nube. Por eso, el niño que va a nacer será llamado Santo e Hijo de Dios. También tu parienta Isabel, a pesar de ser anciana, va a tener un hijo; la que decían que no podía tener hijos está encinta desde hace seis meses. Para Dios no hay nada imposible.

Entonces María dijo:

–Soy la esclava del Señor. ¡Que Dios haga conmigo como me has dicho!

Con esto, el ángel se fue.

4. Homilía- Reflexión

Estamos ya muy cerca de la Navidad. Las calles se iluminan, los escaparates se llenan de colores, la música suena en todas partes. Pero, entre tanto ruido y tanta prisa, corremos el riesgo de olvidarnos de lo esencial: que la Navidad no se celebra fuera, sino dentro. La verdadera Navidad ocurre **en el corazón**. Por eso, este año, nuestro lema nos invita a hacer un viaje diferente: **¡Hasta el corazón de la Navidad!**

El corazón es el lugar más profundo del ser humano. No es solo un símbolo de sentimientos, es el espacio donde tomamos decisiones, donde guardamos lo que nos duele y lo que nos hace vivir, donde escuchamos —si nos atrevemos— la voz de Dios. Llegar hasta el corazón de la Navidad significa atrevernos a mirar dentro, a descubrir qué hay en nosotros que necesita ser sanado, encendido o despertado.

Durante estas semanas de Adviento, no hemos caminado solos. Nos han acompañado **los personajes del Belén**. Cada uno de ellos nos ha regalado una clave para preparar ese corazón que a veces se endurece o se distrae.

- El ángel nos enseñó que cada uno puede ser mensajero de buenas noticias, que con nuestras palabras podemos iluminar la vida de los demás.
- María nos mostró la confianza de quien se fía incluso cuando no entiende, la fe de quien dice “sí” sin condiciones.
- José nos habló de la belleza del servicio silencioso, de amar sin esperar reconocimiento.
- Los pastores nos recordaron que la sencillez del corazón es el mejor terreno donde puede nacer Dios.
- El posadero nos hizo pensar cuántas veces no dejamos espacio a Dios ni a los demás porque nuestro interior está lleno.
- La lavandera nos invitó a limpiar nuestro corazón del egoísmo y del rencor.
- La estrella nos mostró el valor de orientar a otros con nuestra luz.
- Los Magos nos hablaron de la generosidad, de ofrecer lo mejor de nosotros mismos.
- El tamborilero nos enseñó que lo pequeño, cuando se hace con amor, tiene un valor infinito.
- Y la mula y el buey nos recordaron que a veces acoger es simplemente estar, acompañar, dar calor con la presencia.

Cada uno de ellos nos ha ayudado a **construir un corazón nuevo**, un corazón más parecido al de Jesús. Porque lo que Dios espera no es un corazón perfecto, sino **un corazón disponible**: capaz de abrirse, de confiar, de perdonar, de volver a empezar.

El Adviento es el tiempo de los corazones que despiertan. Y quizás, si somos sinceros, nos damos cuenta de que a veces vivimos con el corazón dormido: acostumbrado, distraído, cansado, lleno de ruido o de orgullo. Pero Dios no se asusta de eso. Él viene precisamente

ahí, a ese lugar herido, a ese rincón donde necesitamos luz. Dios no busca grandes templos ni corazones impecables. Él elige un pesebre pobre, porque donde falta todo, puede nacer todo.

Por eso la pregunta de hoy no es “¿qué voy a hacer esta Navidad?”, sino “**¿cómo está mi corazón?**” ¿Está abierto o cerrado? ¿Tiene espacio para los demás? ¿Late con compasión o con indiferencia? La Navidad no comienza el 25 de diciembre. Comienza cada vez que dejamos que el amor nos cambie por dentro. Cada vez que perdonamos, que servimos, que acompañamos, que sonreímos a quien lo necesita, que escuchamos con atención, que compartimos lo poco que tenemos. En esos gestos humildes, silenciosos, cotidianos... Dios sigue naciendo.

Llegar **hasta el corazón de la Navidad** es descubrir que Dios no está lejos, sino dentro. Que su amor no es un recuerdo antiguo, sino una presencia viva. Que el Niño del pesebre no solo vino hace más de dos mil años, sino que quiere nacer hoy, aquí, en ti, en mí, en todos los que se dejan tocar por su ternura.

Quizás lo más revolucionario del Evangelio es esto: que el centro de la historia no está en los poderosos, sino en un niño frágil; que la salvación del mundo empieza en un establo; que la grandeza de Dios se revela en la pequeñez del amor.

Por eso, cuando te acerques al Belén esta Navidad, no lo mires solo como una escena bonita. Míralo como un espejo de tu propio corazón: ¿Dónde está tu pesebre? ¿Dónde puede nacer Jesús en tu vida? ¿Qué necesitas ofrecerle para que encuentre abrigo? Tal vez solo espera que le digas: “Señor, no tengo mucho, pero lo poco que tengo es tuyo. Mi corazón es pobre, pero está abierto. Ven y haz tu morada en mí.”

Esa es la verdadera Navidad: cuando el corazón se abre y Dios entra. Cuando dejamos que su amor nos transforme y nos haga constructores de paz, sembradores de alegría, portadores de esperanza.

Hoy, mientras celebramos esta Eucaristía, mientras reconstruimos juntos el gran corazón del Adviento, pidamos al Señor que nos ayude a llegar hasta el suyo. Que nuestro corazón y el suyo latan al mismo ritmo. Porque solo así, de verdad, podremos decir que hemos llegado **hasta el corazón de la Navidad**.

5. Peticiones

Hermanos y hermanas, oremos con confianza al Dios que viene a habitar entre nosotros. Pidámosle que prepare nuestros corazones para recibirlo y para que su presencia transforme nuestro mundo.

A cada petición respondemos: **“Señor, enséñanos a tener un corazón como el tuyo.”**

- Te pedimos, Señor, por tu Iglesia: por el Papa, por los obispos, sacerdotes y por todos los creyentes que anuncian tu Palabra. Que sepamos ser como el ángel del Belén: mensajeros de esperanza en medio de las dificultades, portadores de consuelo en un mundo que a veces se siente vacío. Que tu Iglesia no se encierre en sus templos, sino que salga al encuentro de todos, especialmente de los más olvidados.

Roguemos al Señor.

R. Señor, enséñanos a tener un corazón como el tuyo.

- Te pedimos por todas las familias del mundo, especialmente por aquellas que viven momentos de tensión, de distancia o de dolor. Que aprendan a perdonarse, a escucharse, a cuidarse mutuamente. Haz, Señor, que cada hogar sea como el de Nazaret: un lugar de amor sencillo, de respeto, de oración y de alegría compartida. Y que nosotros sepamos valorar y agradecer a quienes nos acompañan en casa, aunque a veces no lo digamos.

Roguemos al Señor.

R. Señor, enséñanos a tener un corazón como el tuyo.

- Te pedimos por todas las personas que viven sin esperanza: por los enfermos, los mayores, los refugiados, los que han perdido el sentido de su vida o no tienen a nadie que los escuche. Que puedan encontrar en nosotros una mirada de acogida y un gesto de ternura. Haznos sensibles a sus necesidades y ayúdanos a ser luz, como la estrella que guió a los Magos hasta el Niño.

Roguemos al Señor.

R. Señor, enséñanos a tener un corazón como el tuyo.

- Te pedimos por todos los jóvenes y adolescentes que buscan su camino, que se sienten confundidos, cansados o inseguros. Que en medio de sus dudas encuentren tu voz, que les recuerde que son valiosos y amados por Ti. Dales un corazón fuerte y libre, capaz de confiar como María, de servir como José y de alegrarse como los pastores. Y que sepan que su vida tiene un sentido grande cuando se abre al amor.

Roguemos al Señor.

- Señor, mira nuestro mundo herido por la guerra, la violencia, la pobreza y la indiferencia. Te pedimos por los países que sufren conflictos, por los niños sin hogar, por quienes tienen que huir de sus tierras buscando seguridad. Toca el corazón de los gobernantes y de todos nosotros para que construyamos una humanidad más justa y solidaria, donde nadie sea descartado. Que aprendamos a ser constructores de paz desde los pequeños gestos de cada día.

Roguemos al Señor.

R. Señor, enséñanos a tener un corazón como el tuyo.

- Te damos gracias por este tiempo de Adviento y por todo lo que hemos aprendido en el camino hacia el corazón de la Navidad. Te pedimos que sigas transformando nuestro interior: que nuestro corazón se haga más limpio, más abierto, más generoso. Que esta Eucaristía no se quede en palabras, sino que nos impulse a vivir de otra manera: sirviendo, perdonando, acogiendo y amando. Haz, Señor, que esta Navidad te encontremos en los rostros que nos rodean y en lo más profundo de nuestro corazón.

Roguemos

al

Señor.

R. Señor, enséñanos a tener un corazón como el tuyo.

6. Ofrendas

- **Vela encendida:** Presentamos esta vela encendida. Su luz representa la estrella que guió a los Magos y la fe que ilumina nuestro camino. En medio de un mundo lleno de sombras y dudas, queremos que esta luz simbolice nuestro compromiso de ser esperanza para los demás: con gestos de amabilidad, de consuelo, de alegría. Señor, haz que nunca se apague la luz de nuestro corazón y que sepamos iluminar a quienes buscan tu presencia.
- **Corazón:** Colocamos este corazón en el altar. Está formado por los trozos que hemos ido uniendo durante el Adviento, cada uno con un valor o una actitud: confianza, servicio, sencillez, generosidad, acogida, pureza, amor, esperanza. Representa lo que somos y todo lo que deseamos ofrecerte. Te lo presentamos, Señor, como signo de nuestra vida, de nuestros sueños y también de nuestras fragilidades. Recíbelo y hazlo nuevo con tu ternura. Señor, queremos llegar contigo hasta el corazón de la Navidad.
- **Pan y vino:** te presentamos el pan y el vino. Son signos de lo cotidiano, de lo sencillo, de la vida compartida. El pan representa nuestro trabajo, nuestro estudio, nuestro esfuerzo de cada día; y el vino, la alegría, la amistad, los momentos que dan sabor a la existencia. Queremos que, como el pan y el vino se transforman en tu Cuerpo y tu Sangre, también nuestra vida se transforme en entrega, en servicio, en amor. Que aprendamos, Señor, a vivir con sencillez y alegría, sabiendo que lo pequeño también puede alimentar a los demás.

7. Acción de gracias

“Gracias, Señor, por llevarnos hasta el corazón de la Navidad”

- Gracias, Señor, por este tiempo de Adviento. Por las semanas que nos han enseñado a mirar hacia dentro, a descubrir que lo más importante no se compra ni se envuelve, sino que nace en el corazón. Gracias por recordarnos que tu llegada no es algo que ocurre fuera, sino dentro de cada uno, cuando aprendemos a amar, a perdonar, a compartir y a confiar.
- Gracias por cada personaje del Belén, por lo que nos ha regalado y lo que nos ha hecho pensar. Por el ángel, que nos animó a anunciar buenas noticias. Por María, que nos enseñó a confiar incluso sin entender. Por José, que nos mostró el valor del silencio y del servicio. Por los pastores, que nos recordaron que la sencillez abre el alma. Por los Magos, que nos invitaron a ofrecer lo mejor de nosotros. Por la estrella, que nos enseñó a guiar y orientar a otros. Por la mula y el buey, que nos mostraron la fuerza de la acogida.
- Gracias, Señor, porque a través de cada uno de ellos hemos comprendido que el camino hacia la Navidad no es un viaje hacia fuera, sino hacia dentro. Que no se trata de llegar a Belén con las manos llenas, sino con el corazón abierto. Gracias porque, a lo largo de estas semanas, nos has ido modelando por dentro, limpiando, curando, enseñando a esperar.
- Gracias por los gestos cotidianos en los que te haces presente en la sonrisa de un amigo, en la mano tendida a quien lo necesita, en la palabra que consuela, en el perdón que sana, en la paz que nace cuando alguien decide amar. Ahí también estás Tú, Señor, viniendo a nacer en medio de nuestra vida de cada día.
- Y sobre todo, Señor, gracias por confiar en nosotros, por seguir creyendo que en este mundo todavía hay corazones capaces de amar. Gracias por venir sin condiciones, por entrar incluso donde hay heridas, por encender la esperanza donde pensábamos que todo estaba apagado. Hoy queremos decirte con sinceridad: **Gracias, Señor, porque Tú eres el corazón de la Navidad.**